

PERRY MASON
ERLE STANLEY GARDNER
**EL CASO DE LA
MANSION DIVIDIDA**



Un día, a la consulta del prestigioso abogado Perry Mason llega un cliente desesperado: tiene una mansión construida entre dos terrenos que, debido a un posterior divorcio, pertenecen a dos dueños diferentes. La ex-esposa ha construido una alambra que divide a la mansión, literalmente, en dos partes y se aposenta en una de ellas. Ha conseguido una orden de prohibición y trata de que él la trasgreda para poderlo desalojar. Mason, va a presentar un pleito por estafa, al primitivo dueño, que además es una persona odiada por casi todo el mundo; pero el asunto se complica bastante cuando éste, antes de la visita del abogado, aparece misteriosamente asesinado y los principales sospechosos son su cliente y la ex-esposa. Mason debe investigar «a ciegas» pues ninguno de los dos sospechosos parecen muy dispuestos a colaborar.

Nota del editor

El manuscrito de *El caso de la mansión dividida* fue una de las novelas del abogado Perry Mason que su autor, Erie Stanley Gardner, dejó archivada al fallecer en 1970.

Aunque esta novela se escribió unos años antes de esa fecha, y fue dejada de lado, los editores creen que puede y debe editarse en su forma presente. Sin embargo, debemos hacer constar que el autor no le dio su último vistazo de corrección y pulimento.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

CARSON Loring: Ambicioso y poco escrupuloso propietario, muerto asesinado.

CARSON Vivian: Ex modelo, bella divorciada de Loring, vengativa en amores.

EDEN Morley: Joven rentista, enfrentado primero y enamorado después de Vivian.

FISK Ned: Juez riguroso, pero de buen talante.

GOODWIN Hewett: Juez que dicta la separación entre Loring y Vivian.

HYDE Genevieve: Hermosa chica de cabaret.

MARCHWELL Paulita: Compañera de Hyde en la tarea de cazar clientes.

MASON Perry: Tenaz abogado criminalista.

ORMSBY Morrison: Agresivo ayudante de la fiscalía.

PALMER Nadine: Atractiva mujer que se desnuda cuando es necesario.

RANKIN Estele: Vendedora de «souvenirs».

STREET Della: Secretaria de Perry Mason.

Capítulo 1

Perry Mason, que estaba hojeando una decisión del Tribunal Supremo, levantó la vista cuando Della Street, su secretaria particular, penetró en el despacho.

—Della —murmuró—, la conducta humana puede producir complicaciones sin cuento. Un abogado jamás sabe qué puede ocurrir en el momento siguiente.

Della Street, elevando las comisuras de sus labios en una leve sonrisa, replicó:

—Como, por ejemplo, en el caso de Morley Eden.

—Exactamente —asintió Mason—. Tomemos el caso de... ¿Qué has dicho, Della?

—El caso de Morley Eden.

—Eden... Eden... —repitió Mason pensativamente—. No recuerdo ese caso. ¿Cuál fue, Della?

—Todavía no ha sido. Está aguardando en la antesala. Y parece hallarse en un verdadero apuro.

—¿Qué le pasa? —quiso saber Perry Mason.

—Una hermosa joven ha colocado una alambrada en medio de su casa —explicó la secretaria.

—¿Bromeas —Mason taladró las pupilas de la joven— o te ha gastado ese Eden una broma?

—Nada de eso. Tiene una alambrada que corre a través de su casa, con una atractiva joven viviendo al otro lado de dicha alambrada. Aparentemente, ella posee una figura estupenda, toma baños de sol y...

—Bien, esta situación ilustra lo que decía. Escucharé la historia de labios del interesado.

—Tiene usted una cita dentro de quince minutos —le recordó Della Street.

—Entonces, ese cliente tendrá que esperar unos minutos —decidió el abogado—. Hablaré antes con Morley Eden.

Della Street se marchó hacia la antesala y no tardó mucho en regresar acompañada de un individuo corpulento, de unos treinta años, que sonreía.

—El señor Mason, el señor Eden —presentó la secretaria, dirigiéndose luego hacia su escritorio.

Los dos hombres se estrecharon las manos.

—¿Qué tal, señor Mason? —saludó Eden—. He oído hablar mucho de usted y siempre decidí que vendría a verle si alguna vez me acusaban de asesinato. Bien, ahora estoy en un auténtico aprieto.

—Tengo una cita dentro de quince minutos —explicó el abogado—. Le agradeceré, por tanto, que vaya directamente al grano.

—Seguro —asintió el visitante—. Sé que usted me tildará de tonto y tendrá razón. Yo pienso lo mismo de mí.

Eden tomó asiento en la butaca que le indicó Mason.

—Sería divertido —añadió—, si no resultase enojoso.

Mason le ofreció un cigarrillo, cogió uno para sí, encendió y dijo:

—Adelante.

—Un tipo llamado Carson, Loring Carson, tenía un solar que me convenía. Se componía de dos lotes que había adquirido para especular con ellos, con el propósito de edificar allí y vender la casa con un beneficio. Yo había planeado cierto tipo de casa y aquellos terrenos eran adecuados para mi objetivo. No, no me pregunte si soy arquitecto porque no lo soy. Soy un chapucero. Y me gusta proyectar toda clase de cosas. Me interesé en la construcción de edificios mediante la lectura de varias revistas ilustradas con fotografías de mansiones modernas... Bien, Carson es contratista y me ofreció un trato, pagando al contado, que era

una verdadera ganga a mi entender. No supe resistirme. En realidad, se trataba de venderme los dos lotes del solar y construirme la casa en noventa días.

Morley Eden hizo una leve pausa.

—Naturalmente, ahora empezará usted a motejarme de idiota, aunque no más de lo que me insulto yo mismo. Yo deseaba que la construcción se iniciase al momento. Loring Carson deseaba la pasta... al contado. Efectué una breve inspección y averigüé que una parte del solar pertenecía a Loring Carson y la otra parte a su esposa. Me figuré que él actuaba en nombre de ambos y firmé el contrato. Él inmediatamente inició la edificación. Bien, supongo que me apresuré.

—Si los Carson poseían el solar libre de deudas e hipotecas —interpuso Mason—, no comprendo por qué...

—Su esposa —explicó Eden— había presentado una demanda de divorcio.

—Pero si era una propiedad mancomunada —replicó Mason—, el marido es el encargado de la misma, y si la consideración era adecuada...

—Esto es lo malo —se quejó Eden—. No era una propiedad mancomunada; al menos, no lo era la mitad. Cuando él compró los dos lotes, empleó fondos separados para uno de ellos, y fondos mancomunados para el otro. Oh, todo está muy embrollado. El juez dictaminó que uno de los dos lotes era propiedad exclusiva de la esposa y que el otro era de propiedad mancomunada, cediéndoselo a Carson como propiedad exclusivamente suya.

—¿No objetó la esposa —se interesó Mason— cuando se empezó la edificación?

—Esto forma parte de lo malo —rezongó Eden—. Recibí una carta de la joven, una carta perfumada incluso, diciéndome que yo estaba construyendo en su propiedad.

—¿Y qué hizo usted?

—Por aquel entonces, la casa estaba a medio construir. Le pregunté a Carson por qué no me había contado lo de

la demanda de divorcio, y él me contestó que nada tenía que ver con la casa, que él mantendría a raya a su esposa, que había puesto un detective particular para seguirla, pues sabía que ella le era infiel y tenía pruebas. Añadió que cuando él había presentado su contrademanda, ella se ablandó como un neumático pinchado. Luego, me dio una buena escritura de propiedad. Naturalmente, no acepté su palabra y repliqué que deseaba hablar con el detective.

—¿Habló usted con él?

—Sí, señor. Un individuo llamado Le Grande Dayton.

—¿Y quedó convencido?

—¿Convencido? —repitió Eden—. Eché un vistazo a las pruebas recogidas y decidí que Carson estaba en lo cierto. Bien, continué con la construcción, sin hacer caso de la carta de la esposa, que se llama Vivian Carson.

—¿Qué ocurrió?

—Oh, Carson había presentado su contrademanda, empezaron a prestar declaraciones, y entonces resultó que el detective había estado siguiendo a otra mujer, no a la esposa de Carson. Éste le había señalado a su esposa a Dayton para que éste la reconociese luego y pudiera seguirla a todas partes. Carson y Dayton, en aquella ocasión, estaban en un coche estacionado delante de una casa en la que Carson sabía que su mujer asistía a una conferencia. Bien —prosiguió Morley Eden—, por lo visto todas las asistentes salieron en grupo, charlando y riendo. Carson murmuró: «Mi esposa es aquella que está junto al bordillo, la que lleva el vestido verde». Tras cuyas palabras agachó la cabeza para que ella no le viese. Lo que no supe, según palabras de Dayton, es que allí había dos mujeres vestidas de verde, una junto a la otra. Dayton miraba a una, y Carson a la otra.

Morley Eden exhaló un gruñido antes de continuar.

—Bien, sea como sea, Dayton, al parecer, estuvo siguiendo a la otra, la cual era exacto que tenía un amante. Dayton obtuvo de ello las pruebas suficientes y le entregó a Carson el material suficiente para poder ganar una

contrademanda. Carson la presentó al tribunal y yo permití que él siguiera adelante con la edificación de mi casa. Luego empezaron las declaraciones judiciales y resultó que Carson se había puesto él mismo una soga al cuello. Entonces el juez encargado del caso le cedió un lote a Loring Carson, y afirmó que el otro era propiedad exclusiva de Vivian Carson, su esposa... mientras yo había edificado en ambos lotes. Claro está, me imaginé que simplemente tendría que pagar algo más. Yo había cometido un error y estaba dispuesto a salir perjudicado. Envié un representante a Vivian Carson. Mi agente le aseguró que yo lamentaba mucho todo aquel desdichado asunto y que deseaba pusiera un precio a su lote del solar... Evidentemente, la joven pensó que yo estaba de acuerdo con su marido y se puso furiosa. Le contestó a mi enviado que se fuera a freír espárragos. Entonces pensé que si yo habitaba la casa todo se solucionaría con el tiempo. Pero, por lo visto, Vivian Carson es una luchadora. Consiguió que el juez dictase un mandamiento de prohibición contra cualquier persona, su esposo o cualquiera que actuara en su nombre, que se interfiriese con su lote de propiedad. Cuando yo estuve fuera durante el fin de semana, la joven contrató a un inspector, un contratista y un cerrajero. Entre todos efectuaron agujeros en la casa, trazando como una línea fronteriza entre los dos antiguos lotes de terreno, colocaron una alambrada a través de la casa, incluso en la piscina del fondo, y cuando volví ella vivía en su parte de casa, y yo me vi obligado a ocupar sólo la otra. Luego me entregó una copia certificada del mandamiento de prohibición y afirmó que estaba dispuesta a atenerse por completo al espíritu de su letra.

—¿Cuál es él juez? —preguntó Mason.

—Hewett L. Goodwin. El mismo que sentenció el caso de divorcio.

—Le conozco bien —afirmó Mason frunciendo el ceño—. Un hombre muy concienzudo. Siempre trata de decidir

los casos de modo que sientan precedentes. Y se impacienta con los tecnicismos.

—Bien, ciertamente esto hizo en este caso.

—¿Es usted casado? —indagó Mason, volviendo a arrugar el entrecejo.

—Estuve casado —le corrigió Eden—. Mi esposa falleció hace tres años.

—¿Por qué quiso construir esa casa y vivir en ella?

—Maldito si lo sé. Me gusta proyectar casas. Siempre hago tonterías con un tablero y un lápiz. Empecé a planear esa mansión y al final se convirtió en una obsesión. Tenía que edificarla y vivir en ella.

—¿En qué se ocupa usted?

—Creo que se me puede llamar un rentista. Gané bastante dinero comprando y vendiendo. Me gusta comprar y vender. Compró todo lo que parece bueno.

—¿Y nunca se había encontrado con la señora Carson? ¿Mantuvo todos los tratos con el marido solamente?

—Exacto.

—¿Cuándo la conoció a ella?

—Ayer, domingo. Volví de mi fin de semana y vi la alambrada dividiendo la casa. Abrí la puerta, entré y la alambrada seguía hasta el fondo. La puerta de la cocina estaba abierta y allí estaba la joven cocinando, con la misma calma y naturalidad que si ella hubiese construido la mansión. Creo que me quedé con la boca abierta. Ella se acercó a la alambrada, me enseñó la copia certificada del mandamiento de prohibición, me dijo que, puesto que éramos vecinos, confiaba en que le causaría las menos molestias posibles y que, como un buen caballero no trataría de invadir sus dominios privados. Luego añadió que no deseaba hablar más conmigo y se alejó.

Morley Eden parecía estallar de indignación.

—¡Vecinos! —exclamó—. ¡Vecinos! Y estamos llevando desde ayer una existencia imposible. Cuando me fui a la piscina, allí estaba ella en bikini tomando un baño de sol.

Cuando esta mañana quise dormir un rato, ella estaba haciendo café y aquel fuerte aroma por poco me enloqueció. Me apetecía tomar una taza, pero ella tiene la cocina en su parte de casa.

—Bien, ¿qué ocurrió? —inquirió el abogado.

—Oh, me levanté y supongo que ella, a juzgar por mi expresión, comprendió que estaba deseando tomar café. Me preguntó si quería una taza, y me la pasó con un platillo por entre la alta alambrada, preguntándome además si quería leche y azúcar; dijo que se trataba de un gesto de buena vecindad, en tanto yo me iba instalando adecuadamente en mi parte de casa, y que una vez lo hubiese hecho no volvería a ocuparse de mí ni a dirigirme la palabra.

—Oiga, Eden —sonrió Mason—, todo esto es muy teatral. Esa joven está sencillamente tratando de elevar el precio del terreno.

—Eso creí al principio —gruñó Eden—. Pero no estoy ya tan seguro. Esa mujer está furiosa. Está loca contra su marido por haber presentado la contrademanda e insiste en que ha intentado arruinar su reputación. Desea destruirlo de algún modo. Por lo visto, ese Loring Carson no es muy buena persona y ella tiene muchas quejas en contra. Y él creyó poder aplastarla con las pruebas suministradas por el detective.

—Claro está —Mason frunció los labios—, la señora Carson tendrá un abogado y...

—No —negó Eden—. Me contó que un abogado la representó en el caso de divorcio, pero que referente a la propiedad se representa a sí misma.

—¿Insinuó algo sobre el precio?

—Hice más que insinuar, pero ella me envió al infierno.

—¿Y le sienta bien el bikini?

—¿Si le sienta bien? —exclamó el cliente—. Creo que fue modelo profesional. Lo que ignoro es cómo un tipo como Loring Carson logró casarse con ella. Esa joven posee verdadera clase.

Perry Mason miró hacia Della Street, la cual sonrió.

Luego, el abogado consultó su reloj.

—Como le dije, Eden, tengo una cita. Creo que lo mejor será echar más tarde una ojeada a esa casa. Sin embargo, antes quiero hablar con el juez Goodwin. Tal vez, cuando comprenda todos los hechos, modifique o anule ese mandamiento. Asimismo, supongo que usted no querrá vivir allí hasta que...

—En esto se engaña Vivian Carson —Morley Eden cuadró la barbilla con beligerancia—. Ella no podrá echarme. Pondré un hornillo eléctrico en mi dormitorio. Mi parte de casa tiene ya una chimenea. Y allí instalaré un asador. Haré barbacoas, freiré cebollas, apestaré la casa. Guisaré un *chef*. Supongo que ella debe conservar una dieta para ser tan esbelta. Pues bien, haré que los aromas de mis guisos eleven sus calorías.

Mason continuaba con el ceño fruncido.

—Todo esto —intervino Della Street consultando una agenda— tendrá que posponerse hasta después de la cita de las dos y media de esta tarde. Esa entrevista no puede cancelarse. En tal caso, debió cancelarse mucho antes. Pero luego le queda toda la tarde libre. Aunque todavía tiene que dictar la demanda del caso Mcfarlane.

—¿Cuánto tardaré en llegar hasta allí? —quiso saber el abogado.

—Desde aquí, unos treinta y cinco minutos.

Mason consultó de nuevo su reloj.

—Cuando he citado a un cliente no me gusta hacerle esperar —murmuró—. Si se toma la molestia de pasar a la habitación contigua con la señorita Street, podrá usted trazar un plano para que yo sepa cómo llegar hasta su casa. Trataré de ir esta misma tarde.

Perry Mason se volvió hacia su secretaria.

—Mientras tanto Della, llame al despacho del juez Goodwin y trate de que me conceda una entrevista cuando termine las sesiones de esta tarde.

Capítulo 2

El juez Goodwin aplazó la vista poco antes de las cuatro y halló a Perry Mason aguardándole en la antesala de su despacho.

—Bien, bien, bien, abogado —sonrió—, ¿qué le trae por aquí? Desde que su secretaria me llamó pidiendo hora me he estado preguntando qué querría. Yo me ocupo principalmente de las relaciones domésticas, mientras que usted está especializado en casos de asesinato. No creo que tengamos mucho en común.

—No lo sé —sonrió a su vez Mason, estrechando la mano del juez—, a veces la alquimia de la presunción conduce desde el amor ciego a la locura homicida.

—Bien, entre y discutiremos esas profundas verdades.

El juez Goodwin se dirigió a su despacho, seguido por el abogado, el cual tomó asiento en un sillón a invitación de aquél. Tras quitarse la toga, el juez se sentó suspirando, ofreció un cigarrillo a Mason, encendió uno para sí y el del abogado y murmuró:

—Supongo que existe una polarización de magnetismo sexual que induce a la proximidad física a cambiar y a... Oh, bien, usted no ha venido a hablar de esto, a pesar de haber puesto usted ese tema sobre el tapete. ¿Qué le pasa?

—Se trata del caso de Vivian Carson contra Loring Carson. ¿Lo recuerda?

—Lo recuerdo muy bien —volvió a sonreír el juez.

—Usted dictaminó un mandamiento muy peculiar.

—¿De veras? ¿Qué tiene de peculiar?

—Usted decidió que cierta parte de un terreno pertenecía a Vivian Carson como propiedad separada e indivisa, y que el lote contiguo era propiedad mancomunada, lote que usted otorgó a Loring Carson.

—Lo hice deliberadamente y con un objetivo preciso.

—Hace poco —continuó Mason, estudiando el semblante del juez—, usted firmó un mandamiento de prohibición contra Loring Carson o sus agentes, impidiéndoles penetrar ni siquiera interferirse en la propiedad concedida a Vivian Carson.

—También lo recuerdo —volvió a sonreír el juez.

—La situación es muy complicada —prosiguió el abogado—. Porque mi cliente, Morley Eden, posee la casa que compró a Loring Carson. Y la casa está situada sobre los dos lotes. Cuando usted firmó el mandamiento de prohibición, Vivian Carson hizo que un inspector trazara una línea fronteriza en la casa, hizo abrir agujeros e instaló una alambrada, dividiendo la propiedad en dos partes, incluyendo la piscina.

El juez Goodwin fumó unos segundos en silencio y al fin su sonrisa se ensanchó.

—¿De veras hizo esto?

—Sí, juez —asintió Mason—. Más aún, ahora vive en su parte de la casa, y Morley Eden en la otra.

—Buena oportunidad para tratarse como vecinos —exclamó Goodwin.

—Salvo por la alambrada.

El juez aplastó el cigarrillo en un cenicero y frunció los labios pensativamente.

—Conociendo sus ideas sobre la rectitud de la justicia y su impaciencia por los tecnicismos de la ley, que a veces tienden a coartar tal justicia —prosiguió Mason—, me interesa averiguar qué motivó tal decisión y ver si existe alguna forma de modificarla.

—¿Modificarla en qué sentido?

—Otorgándole a Loring Carson toda la propiedad y protegiendo los derechos de su esposa, por ejemplo, cediéndole otra propiedad de su marido.

—Mason —replicó el juez—, ya conoce mis ideas sobre la ley. Y sobre la responsabilidad que comporta ser juez y tener que dictaminar rectamente entre las disputas humanas. Bien, le diré algo en confianza. Cuando firmé el mandamiento de prohibición estaba al tanto de todo el asunto. Morley Eden es un individuo acaudalado y muy impulsivo. Una buena persona, sí, pero impulsiva. Cuando Eden cerró el trato con Carson, sé que éste habló de ciertas pruebas contra la fidelidad de su mujer. De ser Eden un hombre pobre, tal vez yo hubiera obrado de distinta manera. Mas como Loring Carson estaba seguro de que el tribunal tendría que pactar con él, a causa de dichas pruebas... Oh, sí, Loring Carson es un bribón de siete suelas. Contrató a un detective que pudo o no obrar de buena fe, mas sea como sea, siguió a otra mujer. Sin embargo, antes de ponerse todo en claro, el nombre de Vivian Carson rodó por los suelos públicamente. Las acusaciones contra ella saltaron a los titulares de los periódicos y ello produjo evidentemente un grave daño a esa joven. Sin embargo, el marido no expresó el menor sentimiento por ello. Dijo simplemente que el detective se había equivocado, siguiendo a otra mujer, y que él se lavaba las manos. Por tanto, me satisface que Eden tenga motivos para entablar un juicio contra Carson por fraude voluntario. Y espero que la situación llegue al punto en que Eden se vea obligado a presentar la demanda. Sinceramente, me gustaría que Carson tuviera que pagar caras sus culpas.

—No es tan sencillo —opuso Mason—. Mi cliente proyectó la casa de acuerdo con sus ideas. Y deseaba edificar precisamente en aquel solar, con exclusión de otro cualquiera. Sí, podría demandar a Carson por fraude, pero quiere seguir viviendo allí.

—Entonces, que viva.